cariñosamente.) Quédate con Dios... (Aparte.) No le entiendo... Carácter indomable, cabeza perdida. (Alto.) Que descanses.

FEDERIC. Descuída... Descansaré!...

ESCENA IV

FEDERICO

FEDERIC. Se fué... ¡Qué consuelo! ¡Libre de ese hombre! Temo que vuelva. Huiré y me esconderé donde no pueda oir su voz, donde su mirada noble y profunda no me anonade... Imposible vivir así... Yo confiaba ¡menguado de mí! en que este secreto no se descubriría fácilmente, y ahora resulta que no tardarán en conocerlo todos nuestros amigos, medio Madrid, y él... ¡Pero qué hombre, santo Dios! ¿Por qué le hiciste de tan rara perfección para ponérmele delante en esta hora crítica de mi vida? ¿Por qué no es un malvado, un egoista sin entrañas, un envidioso, un falso al menos, siquiera un hombre vulgar, de estos que forman casi toda la trama del tejido social?... (Rehaciéndose.) Valor; esperaré á pié firme hasta que un amigo infame le revele la terrible, la ignominiosa afrenta. Sucederá entonces lo que es de rúbrica: el hombre ofendido me exigirá reparación; se la daré con la estúpida forma del duelo, y... ¡Cuán grotesca es la sociedad! Deberíamos todos embadurnarnos la cara con harina como los clowns, ó colgarnos cascabeles de las orejas, como los antiguos bufones, pues somos unos grandes mamarrachos. (Inquietísimo.) No sé qué hacer... No me atrevo á salir. Temo encontrármele en los pasillos... en la escalera... en la calle... No salgo, no.

Quiero estar solo. No me agrada más conversación que la mía, como la de un amigo que se despide... Porque yo me marcho, yo me rindo, yo no puedo vivir así. La vida, tal como la voy arrastrando ahora, es carga superior á mis culpas. Ya merezco el descanso... Ya... (Suena la campanilla.)

ESCENA V

FEDERICO; BÁRBARA

BÁRB. Señor... ahí está...

FEDERIC. (Aterrado.) Otra vez?... Cierra bien la puerta... echa el cerrojo... Como le dejes entrar, le recibo á tiros. (Saca un revólver del cajón de la mesa, y lo pone sobre la misma.)

BÁRB. Pero señor... si no es...

FEDERIC. Le siento próximo, le oigo... le veo; no se ha ido...

BÁRB. Si es el señorito Infante...

FEDERIC. No puede ser Infante. Te equivocas. No abras; te mando que no abras. (Suena la campanilla más fuerte.)

BÁRB. Que es don Manolo: le he visto.

FEDERIC. Que no abras te digo.

BARB. (Aparte.) Ya me da miedo este hombre. Abriré. (Váse.—Al empezar la escena VI, se obscurece la escena, y entra Bárbara con una lámpara, que deja sobre la mesa.)

FEDERIC. Infante... no puede ser. (Trémulo.) Es el otro, que no dejará de acosarme mientras yo tenga aquí una chispa de pensamiento...

ESCENA VI

FEDERICO; INFANTE

INFANT. Temí no encontrarte.

FEDERIC. Eres tú de verdad?... Sí...

INFANT. Dos palabras, nada más que dos palabras, y me voy... Pero estás malo?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

FEDERIC. Sí.

INFANT. (Mirándole fijamente, alarmado.) ¿Qué tienes?

FEDERIC. Nada... la cosa más tonta... Que no duermo.

INFANT. Bah! Lo de siempre. Dificultades de... Porque tú quieres.

FEDERIC. Verás qué pronto las resuelvo ahora.

INFANT. Sí?... Cómo?..

FEDERIC. Poniéndome en salvo.

INFANT. ¡Huir tú! no me parece propio de tu carácter. Huir? ¿Y adónde te vas?

FEDERIC. Lejos, lejos.

INFANT. ¿Pero adónde?

FEDERIC. Á un país muy bonito. Es lejano y próximo. Dista mucho, y se llega en un soplo... El país del sueño, tonto. Verás cómo las dificultades no me siguen allá. Y si alguno de mis atormentadores va y me llama... verás como no despierto.

INFANT. Oh! Ten juicio... (Aparte, alarmadísimo.) ¡Pero qué malo está! (Ve el revólver sobre la mesa, y con rápido movimiento lo coge y se lo guarda.—Alto.) Mira, chico no hagas tonterías. (Con cariño.) Federico, por Dios, entrégate á mí, y te salvaré.

FEDERIC. No puedes.

INFANT. ¿Quieres que te traiga un médico?

FEDERIC. Médico? para qué?

INFANT. Tienes fiebre. Métete en la cama... No, mejor será que salgas, para que se te despeje la cabeza. Ahí tengo mi coche. Ven, y paseando hablaremos.

FEDERIC. Hablemos aquí. No puedo salir.

INFANT. Pues... dos palabras. ¿No sabes que ese majadero de Malibrán se ha permitido inventar una historia infame?...

FEDERIC. ¡Una historia infame!

INFANT. Sí, y contarla en casa de Leonor, en el Círculo, en todas partes. ¿Has visto mayor vileza? ¡Pretender empañar la limpia fama de mi prima con tan brutal calumnia! ¡Calumniarte también á tí!... Cuando lo supe, mi primer impulso fué buscarle, pedirle la retractación inmediata y categórica, y si á dármela se negaba, volverle la cara del revés.

FEDERIC. Vuélvesela... lo merece...

INFANT. No puedo soportar á ese hombre. La antipatía que me ha inspirado siempre, es ya un odio mortal. Si no se retracta, le abofeteo, le escupo... No es digno de que se guarden por él las formas que impone el fuero del honor.

FEDERIC. (Excitado.) Mejor es matarle... matarle como á un perro con hidrofobia.

INFANT. Pero antes de dirigirme en su busca he querido verte, porque me entró un recelo... Nuestra flaca naturaleza, la corrupción que respiramos nos inclinan siempre á la duda... Dudé, dudo, no te ofendas... He querido que disipes hasta la última sombra de recelo, que asegures en mí la confianza, la fe. Cuanto ha dicho ese infame.. es mentira. (Con interrogación solemne.)

FEDERIC. (Con calma y acento firme.) Cuanto ha dicho ese miserable... es verdad.

INFANT. (Aterrado.) ¡Verdad... verdad! Tú deliras... Por Dios, amigo querido... díme que deliras, dímelo; díme que sueñas.

FEDERIC. ¡Ojalá soñara!

INFANT. ¿Es cierto lo que escucho?... ¡Tú!... No, me engañas, te engañas tú mismo. Ese trastorno... ese mirar sombrío, demuestran que no eres dueño de tus propias ideas. Federico, tú estás demente, tú no

eres responsable de las graves palabras que has pronunciado.

FEDERIC. No, mi razón está aquí todavía. Si no estuviera, no padecería yo lo que padezco. No es demencia, no; es revelación deliberada y sincera, es descargo de un espíritu que no puede soportar ya el peso inmenso de sus propios errores... Anda, corre, vé y cuéntale esta verdad terrible á tu amigo, al que también á mí me distinguió y me distingue con amistad generosa que no merezco... cuéntale todo, y añade que no temo la muerte, que la deseo, que la necesito...

INFANT. (Con emoción.) Basta.

FEDERIC. Y en cuanto al indigno Malibrán, ahora...

INFANT. (Vivamente.) Creyendo falso lo que decía, pensé castigar su grosero lenguaje. (Con rabia.) Ahora que sé que es verdad, y por lo mismo que es verdad, juro que... ha de pagarme la infamia de haberla dicho.

FEDERIC. Va con Tomás á *las Charcas*.

INFANT. No irá, yo te lo aseguro.

FEDERIC. Descarga tu furor en mí, guardián caballeresco del honor de aquella casa.

INFANT. No me corresponde ese papel. No faltará quien te pida cuentas.

FEDERIC. Y las daré... ó no las daré.

INFANT. Pues, por la calidad de la persona ofendida, por la amistad que te profesaba, por los beneficios...

FEDERIC. No he querido recibirlos...

INFANT. No has querido; pero... lo hecho, hecho se queda. Bien enterado estoy de los planes de Tomás... Desgraciado, no tienes más que una solución...

FEDERIC. ¿Cuál?

INFANT. (Saca el revólver que antes guardó en su bolsillo, y lo

pone sobre la mesa.) Toma. (Se aleja, ocultando su emoción.)

FEDERIC. Ay!... Manolo... ¿Te vas... sin darme un abrazo...? el último...?

(Infante vuelve. Abrázanse cariñosamente sin pronunciar palabra. Retírase Infante muy conmovido.)

ESCENA VII

FEDERICO; AUGUSTA (que entra por el fondo al marcharse Infante.)

AUGUST. ¿Solo ya?

FEDERIC. ¡Augusta!

AUGUST. Yo, sí... no me riñas... Llegué hace un momento. Dijéronme que tenías visita... Esperé. (Con inquietud.) Díme, ¿qué hablabas con Infante?

FEDERIC. Nada. Manolo, como siempre, tan bromista... Pero tú... en mi casa!

AUGUST. Sí; ¿te contraría? Imposible dejar de venir... Oye: Tomás, en el momento de salir para la estación con sus amigos, díjome que acababa de separarse de tí, dejándote en un estado lastimoso... que padecías horriblemente, que... Figúrate mi ansiedad... Nada, no he podido contenerme... y aún me costó trabajo esperar á que obscureciera un poco más. Tomé un coche, y aquí me tienes... Díme, díme pronto, ¿qué es esto?... qué te pasa...?

FEDERIC. (Afectando serenidad.) Nada... si estoy bien... estoy mejor.

AUGUST. ¿De veras? Ah! Tomás exageraba...

FEDERIC. Sin duda. Cuando él estuvo aquí no me sentía yo tan bien como me siento ahora.

AUGUST. Cuéntame. Quizás disputásteis. Ya, ya entiendo... la terrible cuestión. Su bondad y tu delicadeza, no pueden concordarse, no ajustan, no casan bien. Yo espero que al fin...

FEDERIC. Sí, sí, yo también lo espero...

AUGUST. Luego, ya no estás tan intransigente.

FEDERIC. No... ya no... ¿para qué?

AUGUST. (Con alegría.) Ah!, al fin te sometes á mi voluntad. ¡Qué alegría me das! Te convences de la necesidad de cambiar de vida...

FEDERIC. Oh! sí cambiaré de vida muy pronto. El cansancio de ésta es ya intolerable.

AUGUST. Pues mira (recorriendo la habitación y examinándola rápidamente) lo primero que tienes que hacer, con la herencia de tu papaíto, es tomar otra casa. Qué mala y qué fea es ésta, querido!

FEDERIC. La tengo buscada ya.

AUGUST. Y dónde? Como ésta, piso bajo?

FEDERIC. Sí... más bajo todavía... digo, no... alto, altísimo.

AUGUST. Pero que sea bonito, alegre...

FEDERIC. Sí, muy alegre... y ahora... verás cómo ya no tendrás que reñirme, ni llamarme orgulloso.

AUGUST. (Recelosa.) Oh! tú me engañas... No sé qué noto en tí. (Mirándole fijamente.) Federico, mírame.

FEDERIC. Ya te miro.

AUGUST. No, tú no estás bien. (Suspirando.) ¡Qué sobresalto... cuando entré en esta casa, sentí una angustia...! ¡Ay qué mal vives aquí! (Examinando lo que hay sobre la mesa.) Déjame, déjame revolverte todo. ¡Ah! qué librito de misa es éste?

FEDERIC. El libro de oraciones de mi madre. Suelo leerlo cuando siento depresión del ánimo y aburrimiento del vivir. Me consuela mucho.

AUGUST. Es precioso ¡Pobre Josefina! Bien lo usaba la pobre... ¡qué estropeadito está! (Federico hace un movimiento para tomar el libro de sus manos.) Déjame, déjame que lo examine bien. (Hojea el libro.) Y aquí

hay algunas palabras apuntadas por ella con lápiz.

FEDERIC. Me gusta leer aquí, porque me parece que en estas páginas se esconde, para acecharme, el espíritu de aquella santa mujer. Razón tiene mi padre en decir que salgo á ella... á él no. Mi hermana es la que sale á él. Díme que no me parezco nada á mi padre; dímelo... (Con exaltación.)

AUGUST. Sí, hombre, te lo diré.

FEDERIC. Cuidado, no se te caigan unas florecitas que hay entre las hojas.

AUGUST. Sí, aquí hay una... mira... una espuelita de caballero. (Mostrando la flor.) ¡Qué monada! ¿Y dices que sueles leer aquí?

FEDERIC. Sí... alguna vez... cuando estoy triste.

AUGUST. Pues no será muy divertido. Aquí veo latín y castellano... (Lee con entonación solemne.) *Ossa arida, audite verbum Domini...* Y esto, ¿qué quiere decir?

FEDERIC. *Huesos áridos, oíd la palabra del Señor.*

AUGUST. ¡Ay, me da escalofríos...!

FEDERIC. Refiérese á la resurrección de los muertos...

AUGUST. El día del juicio... sí... (Le da el libro.) Toma.

FEDERIC. Para mí, este libro es la cosa de más mérito que existe en el mundo. Ni las piedras preciosas de más valor, ni las obras de arte más perfectas se igualan á esta incomparable joya.

AUGUST. Ah! sí.

FEDERIC. Pues bien: para que veas si te estimo, Augusta... te lo regalo.

AUGUST. Sí... lo acepto... (Mirándole receloso.) Pero... no sé...

FEDERIC. Y cuando yo esté ausente, lees en él y te acuerdas de mí.

AUGUST. Pues mira, yo también te haré á tí un regalito.

FEDERIC. Qué?

AUGUST. Quiero sorprenderte. No te lo digo.

FEDERIC. Dímelo.

AUGUST. Esta tarde estuvieron en casa unos hombres... ¡qué tipos tan ordinarios y repugnantes! Tomás les citó, y allí dejaron unos papeles llenos de garabatos, con tu firma.

FEDERIC. ¡Mis pagarés!

AUGUST. Sí; ya estás libre de esas horribles cadenas.

FEDERIC. Augusta, vida mía, márchate. Yo te ruego que me dejes. (Excitado.)

AUGUST. Por qué?... Temes?

FEDERIC. Sí; temo que venga...

AUGUST. Quién?

FEDERIC. (Delirante.) Tomás viene... le siento... le veo.

AUGUST. (Aterrada.) ¿Estás loco?

FEDERIC. (Señalando á la izquierda.) Por allí... La puerta se abre... Pero no le ves? no le ves?

AUGUST. ¡Deliras, pobrecito mío!

FEDERIC. Que entre. Mejor.

AUGUST. No hay nadie... Ni el más ligero rumor se siente.

FEDERIC. Ah! lo mismo que anoche. Entró sin hacer ruído. Pero yo le oigo y le veo, aunque no quiera verle ni oirle, porque le tengo aquí (en la frente), cara, voz, ojos, cuerpo y vida del hombre que ultrajé, y aquí se juntan su afrenta y mi gratitud, mi infamia y su generosidad!

AUGUST. Por piedad, querido mío!

FEDERIC. (Con brío, adelantándose hacia la puerta, como para recibir á alguien.) No te vuelvo la cara. Aquí estoy, aquí estamos... Entra... Se retira. Pero sabe que no le temo, y volverá.

AUGUST. Por tu vida, ¿qué dices?

FEDERIC. ¿Pero no le ves? Sale... va por allí... se aleja, se pierde en la obscuridad... Pero volverá.

AUGUST. (Abrazándole.) Cálmate... No me asustes. Me muero de miedo.

FEDERIC. (Se desprende de sus brazos, y saca del bolsillo el revólver.) Cuando vuelva, no me encontrará!

AUGUST. (Aterrorizada.) ¿Qué es eso? ¿Qué haces? (Quiere abrazarle de nuevo, y él la rechaza.) Federico, amor mío...

FEDERIC. Sé lo que debo hacer.

AUGUST. ¿A dónde vas? (Deteniéndole por un brazo.)

FEDERIC. (Rechazándola.) A donde debo ir. A la paz de mi alma, al descanso de mis huesos. Pido á Dios que me perdone! (Entra precipitadamente en la alcoba, y cierra la puerta por dentro.)

AUGUST. (Corriendo hacia la puerta y tratando de abrirla.) ¿Qué es esto? Cierra. ¡Federico! (Suena un tiro.) ¡Jesús! (Cae sin sentido.)

FIN DEL ACTO CUARTO